
LA ALDEA PERDIDA

ARMANDO PALACIO VALDÉS

**LA
ALDEA PERDIDA**

NOVELA-POEMA DE COSTUMBRES CAMPESINAS

MADRID
IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1903
ES PROPIEDAD DEL AUTOR

[Al índice](#)



INVOCACIÓN

Et in Arcadia ego.

¡Sí, yo también nací y viví en Arcadia! También supe lo que era caminar en la santa inocencia del corazón entre arboledas umbrías, bañarme en los arroyos cristalinos, hollar con mis pies una alfombra siempre verde. Por la mañana el rocío dejaba brillantes gotas sobre mis cabellos; al mediodía el sol tostaba mi rostro; por la tarde, cuando el crepúsculo descendía de lo alto del cielo, tornaba al hogar por el sendero de la montaña y el disco azulado de la luna alumbraba mis pasos. Sonaban las esquilas del

ganado; mugían los terneros; detrás del rebaño marchábamorapaces y rapazas cantando á coro un antiguo romance. Todo en la tierraera reposo; en el aire todo amor. Al llegar á la aldea, mi padre merecibía con un beso. El fuego chisporroteaba alegremente; la cenahumeaba; una vieja servidora narraba después la historia de algunadoncella encantada, y yo quedaba dulcemente dormido sobre el regazo demi madre.

La Arcadia ya no existe. Huyó la dicha y la inocencia de aquel valle.¡Tan lejano! ¡Tan escondido rinconcito mío! Y sin embargo, te vieronalgunos hombres sedientos de riqueza. Armados de piqueta cayeron sobreti y desgarraron tu seno virginal y profanaron tu belleza inmaculada.¡Oh, si hubieras podido huir de ellos como el almizclero del cazadordejando en sus manos tu tesoro!

Muchos días, muchos años hace que camino lejos de ti, pero tu recuerdovive y vivirá siempre conmigo. ¡Y aún no te he cantado, hermosa tierradonde vi por primera vez la luz del día! Mi musa circuló ya caprichosa yerrante por todo el ámbito de nuestra patria. Navegó entre rugientestempestades por el océano; paseó entre naranjos por las playas deLevante; subió las escaleras de los palacios y se sentó en la mesa delos poderosos; bajó á las cabañas de los pobres y compartió su panamasado con lágrimas; se estremeció de amor por las noches bajo la rejaandaluza; elevó plegarias al Altísimo en el silencio de los claustros;cantó enronquecida y frenética en las zambras.

¡Y aún no ha cantado á los héroes de mi infancia! ¡Aún no te ha cantado,magnánimo Nolo! ¡Ni á ti, intrépido Celso! ¡Ni á ti, ingenioso Quino!¡Aún no ha caído á tus pies, bella Demetria, la flor más espléndida quebrotó de los campos de mi tierra! Hora es de hacerlo antes que la parcasiegue mi garganta.

Viajero, si algún día escalas las montañas de Asturias y tropiezas conla tumba del poeta, deja sobre ella una rama de madreSelva. Así Dios te bendiga y guíe tus pasos con felicidad por el principado.

Y vosotras, sagradas musas, vosotras á quien rendí toda la vida culto fervoroso y desinteresado, asistidme una vez más. Coronad mis sienes queya blanquean con el laurel y el mirto de vuestros elegidos, y que estemi último canto sea el más suave de todos. Haced, musas celestes, que suene grato en el oído de los hombres y que, permitiéndoles olvidar unmomento sus cuidados, les ayude á soportar la pesadumbre de la vida.



I

La cólera de Nolo.



E un modo ó de otro, menester es que los de Riomontán y de Fresnedopeleen esta noche con nosotros. Ya sabéis que parte de la mocedad deVilloria y de Tolivia aún no ha venido de la siega. De Entralgo y deCanzana también hay algunos por allá. Podéis estar seguros que denuestros contrarios no faltará uno solo. Los de Lorío y Rivota andan muyengreídos desde la paliza del Obellayo. Los del Condado están avisadospor ellos y no faltarán tampoco. Si ahora nos quedamos sin la gente delos altos, temo que nuestras costillas vayan hoy molidas á la cama. Eljueves, en la Pola, tropecé en la taberna del Colorado con Toribión deLorío y Firmo de Rivota, y después de ofrecerme un vaso de sidra, medijeron con sorna: «Adiós, Quino: que no faltes el sábado de Entralgo».

Así hablaba Quino de Entralgo, mozo de miembros recios y bienproporcionados, morena la tez, azules los ojos, castaños los cabellos,el conjunto de su fisonomía agraciada y con expresión de astucia. Vestíacalzón corto y media de lana con ligas de color, chaleco con botonesplateados, colgada del hombro la chaqueta de paño verde, sobre la cabezala montera picona de pana negra y en la mano un largo palo de avellano.

Si no por el valor indomable, resplandecía en las peleas por su consejo,cuerdo siempre y atinado, por la astucia y el artificio de sus trazas.Resplandecía también en los lagares y esfoyazas por la oportunidad ydonaire de su lengua; en las danzas por su extremada voz y el variadorepertorio de sus romances, en los bailes por la destreza de suspiernas, por su aire gentil y desenvuelto. Pero mejor que en partealguna resplandecía en cualquier rincón solitario al lado de una bella.Ninguno supo jamás apoderarse más pronto de su corazón, ninguno másrendido y zalamero ni más osado á la vez, pero tampoco ¡ay! ninguno másinconstante. Más de una y más de dos podían dar en el valle de Lavianatestimonio lamentable de su galanura y su perfidia.

—Paréceme, Quino—respondió Bartolo,—que se te ha ido la lengua y hashablado más de lo que está en razón. Bien está que vayamos á Fresnedo yá la Braña á dar satisfacción á los amigos; pero de eso á decir que losde Lorío nos han de moler las costillas hay lo menos legua y media dedistancia. Mientras á Bartolo, el hijo de la tía Jeroma, no se le rompaen la mano este palito tan cuco de fresno, ningún cerdo de Lorío lemolerá nada.

—¡Vamo, hombre, no seas guasón!—exclamó Celso, que por haber estado enel servicio militar tres años había llegado al pueblo hablando enandaluz.—Á ti te molerán lo que tengas que moler, como á too MaríaSantísima. ¡Si pensarás que te han de dar más arriba del cogote!

—Yo no sé dónde me darán, pero sí certifico ¡puño! que antes de darmehe de dejar dormidos á muchos de ellos.

—Sí, á fuerza de sidra.

—Á fuerza de palos, ¡puño! ¿Cuándo me has visto brincar atrás óesconder el cuerpo al empezar la bulla?

—Al empezar no, pero al concluir te han visto muchos entre los pellejosde vino ó detrás de las sayas de las mujeres.

—¡Mientes, puño! ¡Mientes con toda la boca! El día del Obellayo si noes por mí, que di la cara á Firmo, os llevan los de Rivota de cabeza alrío.

—La cara no la diste á Firmo, sino á la mata de zarzas y ortigas dondete sepultaste cuando él te buscaba... Eso me contaron el jueves en laPola.

—Si ha sido Firmo quien te lo ha contado, yo le diré esta noche á esecerdo quién es Bartolo de Entralgo. Este palo tan majo que corté en el monte ayer nadie lo estrena más que él.

Celso soltó una carcajada y tomando en la mano el palo de Bartolo lo examinó con curiosidad unos instantes.

—¡Lindo palo, en verdad! Bien pintado; bien trabajado. Si Firmo le echala vista encima, milagro será que no lo pruebe sobre tus espaldas.

Con esto se encrespó de nuevo Bartolo y comenzó á vociferar tantasimprecaciones y bravatas, que su primo Quino se impacientó al cabo.

—¡Calla, burro, calla! Arrea un poco más y no grites que me duele lacabeza.

Bartolo vestía al igual que Quino, el calzón corto, el chaleco y lamontera, pero todo más viejo y desaseado. Era un mocetón robusto, defacciones abultadas y ojos saltones. Su modo de andar tan torcido ydesvencijado que parecía que le acababan de dar cuatro palos sobre losriñones. Era Celso más bajo y más delgado que los otros, pero suelto ybrioso y con un aire vivo y petulante que acusaba su estancia en tierras más calientes que la de Asturias. Vestía igualmente el chaleco conbotones de plata, la chaqueta de paño verde y la montera de pico; pero en vez del calzón corto y la media, gastaba aún el pantalón largo yencarnado que había traído del ejército, aunque remontado ya de pananegra por trasero y muslos. Los dos primeros, primos hermanos, habitabanen Entralgo. El segundo en Canzana, lugar de la misma parroquia.

Caminaban los tres la vuelta de Villoria un sábedo del mes de Julio, víspera de la romería del Carmen. En vez de seguir el camino real que por el fondo de la estrecha cañada conduce á aquel lugar, habían tomado por el monte arriba entre castañares y robledales, no tanto paraguardarse de los rayos del sol como de las miradas de los indiscretos. Porque es de saber que los tres mozos llevaban á Villoria una embajada extraordinaria, una misión delicadísima que exigía tanto sigilo como diplomacia. Sus convecinos los habían diputado para dar satisfacción á los mozos de Riomontán, de Fresnedo y de la Braña. Éstos, como todos los de la parroquia de

Villoria, eran sus aliados, pero estaban con ellos desabridos desde hacía algún tiempo. El motivo del desabrimiento no podía ser más justo. En una romería que se celebraba en lo alto de los montes que separan los concejos de Laviana y Aller los vecinos de aquellos altos vinieron á las manos con los de Aller por cuestiones de pastoreo. Algunos mozos de Entralgo, que allí estaban, no quisieron tomar parte en la reyerta: se retiraron dejando solos y apaleados á los de Fresnedo. Desde entonces éstos no quisieron tomar parte con los de abajo en sus riñas con los de Lorío. Su ausencia había ocasionado ya más de una derrota á los de Entralgo. Porque si no sumaban mucho los de Fresnedo y Riomontán, eran sin duda los más recios y esforzados.

Salieron por fin á las cumbres desnudas después de caminar buen rato entre el follaje de la arboleda. Detuviéronse un instante á tomar aliento y volvieron la vista atrás. Desde aquella altura se descubría gran parte del valle de Laviana, que baña el Nalón con sus ondas cristalinas. Por todas partes lo circundan cerros de mediana altura como aquel en que se hallaban, vestidos de castaños y bosques de robles, tupidos unos, otros dejando ver entre sus frondas la mancha verde, como una esmeralda, de algún prado. Por detrás de estos cerros se alzan hasta las nubes las negras moles de la Peña-Mea á la derecha con su fantástica crestería de granito, de la Peña-Mayor á la izquierda, más blancas y más suaves aunque no menos enormes. Por el medio del grandioso anfiteatro corre el río. Á entrambas orillas se extiende una vega más florida que dilatada, donde alternan los plantíos de maíz con las praderas; unos y otros cercados por setos de avellanos que salen de la tierra semejando vistosos ramilletes. El Nalón se desliza sereno unas veces, otras precipitado formando espumosa cascada; pero en todas partes tan puro y cristalino que se cuentan las guijas de su fondo. Á ratos se acerca á la falda de los montes y en apacible remanso medio oculto entre alisos y mimbreras les cuenta sus secretos; á ratos se adelanta al medio de la vega y marcha soberbio y silencioso reflejando los plantíos de maíz.

—Mirad, mirad cómo ahuma el techo de mi casa—exclamó Bartolo señalando al fondo.

—Sin duda la tía Jeroma te prepara la borona. Así te has criado tú tan rollizo—repuso Celso bromeando.

Entralgo estaba en efecto á sus pies. Era un grupo de cuarenta ó cincuenta casas situado entre el río Nalón y el pequeño afluente que venía de Villoria, á la entrada misma de la cañada que conduce á este pueblo. Por todas partes rodeado de espesa arboleda en medio de la cual parece sepultado como un nido. Sobre el pequeño cerro que lo domina, en una meseta, está Canzana, lugar de más caserío, rodeado de árboles, mieses, prados y bosques deliciosos. Sólo veían de él las manchas rojas de sus tejados; tanto le guarnecen los emparrados de sus balcones y los frutales de sus huertas. Estos dos lugares, con otros cuatro ó cinco pequeños caseríos distribuidos por los cerros colindantes, constituían la parroquia.

El concejo de Laviana está dividido en siete. La primera, según se viene de la mar por los valles de Langreo y San Martín del Rey Aurelio, es Tiraña, la segunda la Pola, capital y sede del Ayuntamiento; enfrente de ésta Carrio, más allá Entralgo y detrás de él, en los montes limítrofes de Aller, Villoria, la más numerosa de todas. Por último, en el fondo del valle, á cada orilla del río, están Lorío y Condado. Allí se cierra y sólo por una estrecha abertura se comunica con Sobrescobio y Caso.

La juventud de las cuatro últimas rivalizaba desde tiempo inmemorial en gentileza y en ánimo. De un lado Entralgo y Villoria: del otro, Lorío y Condado. Las tres primeras estaban descontentas: Tiraña por hallarse demasiado lejos; la Pola porque sus habitantes, más cultos, más refinados, se creían superiores y despreciaban á los rudos montañeses de Lorío y Villoria; Carrio por ser la más pobre y exigua del concejo.

Después de reposar un instante los tres embajadores prosiguieron su camino por las cumbres que señorean el riachuelo de Villoria. Bartolo iba delante con marcha tortuosa y derrengada.

—¡Míralo, míralo!—exclamaba Celso con exótico acento.—¡Qué morrillos sabrosos luce el maldito! ¡qué buenas piernas! ¡qué nalgas!... Bien se conoce que la tía Jeroma no tiene otro pichón que cebar... ¡Vaya un pimpollo!... Me han dicho que todas las mañanas le unta de manteca fresca para que esté suave y reluzca... Á ver, Bartolo...

Y se acercaba á él y le pasaba con delicadeza la mano sobre la cerviz. Bartolo gruñía.

Estaba Celso en vena de humor jocoso y bromeaba imitando, en cuanto le era posible, el acento, la desenvoltura y el donaire que había admirado en sus compañeros de cuartel allá en Sevilla. Era su dulce manía. Desde que llegara del servicio, hacía ya cerca de un año, había mostrado tanto apego á los recuerdos de su vida militar, como horror y desprecio á las faenas agrícolas, en que por desgracia había vuelto á caer. Hasta afectaba haberlas olvidado y desconocer el nombre de algunos instrumentos de labranza. Por esto sufría encarnizada persecución de su abuela. ¡Terrible mujer la tía Basilisa! Un día, porque se le olvidó el nombre de la hoz, le rompió el mango sobre las costillas. Y hasta la misma guitarra portuguesa con un gran lazo verde que había traído de Córdoba corrió grave peligro de ir al fuego entre las astillas si á tiempo no la escondió en casa del tío Goro, su vecino. No hay para qué decir que Celso odiaba de muerte los puches de harina de maíz, el potaje de nabos, las castañas, y en general todos los alimentos de la tierra, que consideraba hartos groseros para su paladar meridional. En cambio, chasqueaba la lengua con entusiasmo al referir á sus amigos los misterios sabrosísimos del gazpacho blanco, las *poleás* con azúcar, las aceitunas *aliñás*, las naranjitas y la mojama.

—¡Mal rayo!—prosiguió escupiendo por el colmillo como un gitano depurado de sangre.—¡Sabes, niño, lo que yo haría en tu caso el día que la tía Jeroma cerrase el ojo?... Pues metería en un cinto esa gran calceta de peluconas que tiene guardada, compraría un jaco extremeño y no pararía hasta dar vista á la Giralda. Y allí ¡venga de

cañitas de manzanilla, y venga de pescado frito, y de aceitunitas y alcaparrones!... ¡y venga de aquí! (*batiendo las palmas*) ¡y venga de allí! (*moviendo las piernas*) y sobre todo venga de serranitas *salás* como las pesetas. Yo te certifico, grandísimo zángano, que antes de un mes no te pesarían tantas nalgas como ahora... ¡Ay, niño, si hubieses conocido á la Carbonerilla!... ¡Gachó, qué mujer!... Venía con su madre á recoger la ropa de la compañía porque eran lavanderas. El sargento la echaba pipos y el furriel de mi escuadra no la dejaba ni á sol ni á sombra. Pero ella prefería al gallego... El gallego era yo, ¿sabéis? Allí nos llaman gallegos á los de acá. Un domingo por la tarde salimos juntos orilla del Guadalquivir por aquellos campos y merendamos en un ventorrillo, y yo me puse como una uva. ¡Vaya una tardecita *aprovechá!* Cuando volvíamos nos tropezamos en el camino con el furriel. Ya podrías presumir cómo se le pondría el hígado. El hombre nos saludó muy cortés y se acercó á nosotros; pero al poco rato, como necesitaba escupir labilis, sobre si yo había dejado por la mañana las tablas del camastro arriadas á la pared ó en el suelo, me largó una bofetada... Allí vierais á la Carbonerilla hecha una leona fajarse con él á pescozones. ¡Pin pan! de aquí, ¡Pin pan! de allá... En fin, que el hombre se vió negro para librarse de sus uñas...

Á Celso se le hacía la boca agua contando estas aventuras románticas y las enjaretaba una tras otra sin dar paz á la lengua. Sin embargo, Quino marchaba preocupado, distraído. Nunca había concedido mucho valor á la charla de su amigo. Era hombre práctico, sabía adaptarse al medio y donde el otro no veía más que tristeza y pena sabía él libar la dulcemia de la voluptuosidad. Pero ahora, bajo el temor de una paliza, encontraba las mentiras de su compañero mucho más insustanciales.

—¿Sabéis lo que os digo?—profirió al cabo levantando la cabeza.—Que si Nolo de la Braña no quiere esta noche manejar el palo, podemos encomendar nuestras espaldas al Santo Cristo del Garrote.

—La verdad es, chiquillo—repuso Celso poniéndose serio también,—que á Nolo le zumba el alma con el palo en la mano.

—¿Que si le zumba!—exclamó Quino aceptando, sin comprenderlo, el lenguaje pintoresco de su amigo.—Habías de verlo desenvolverse como yo le he visto el año pasado en la romería del Otero. Tenía seis hombres encima de sí y no de los peores de Rivota. Pues no les volvió la cara, ni creo que la hubiera vuelto aunque fuesen doce. ¡Qué modo de desenvolverse! ¡qué modo de brincar! ¡qué modo de dar palos! ¿Veis un oso cuando los perros le acometen después de herido, y al primero que se le acerca le da un zarpazo y lo tumba y los otros ladran sin atreverse á entrar hasta que uno más atrevido se lanza y vuelve á caer? Pues así estaba Nolo en medio de aquellos mozos... Pero el palo restalla y se le quiebra en las manos... Ya está perdido... ¡Ahora si que le van á moler las costillas!... ¡Ca!... Más de prisa que te lo cuento da un salto adelante, arranca el palo á un mozo, vuelve á saltar atrás y empieza á sacudirlo como si fuese un junco del río. ¡Muchachos, en verdad os digo que era gloria el verlo!... Yo estoy en fe de que en toda la parroquia de Villoria no hay ahora ninguno capaz de ponerse delante

de Toribión de Lorío más que él... y ¿por qué no hemos de ser francos? tampoco en la de Entralgo.

Bartolo dejó escapar un bufido dubitativo.

—¿Qué gruñes tú, burro, qué gruñes?—exclamó Quino con rabia.—¿Acasopiensas tú ponerte delante de Toribión?

—No sería la vez primera.

Quino y Celso cambiaron una mirada y sacudieron la cabeza entreirritados y alegres.

—No sería la vez primera—repitió Bartolo sin advertirlo.—Una noche que fuí á cortejar á Muñera tropecé con él cerca de Puente de Arco. Al revolver el camino vi á los pocos pasos un bulto muy grande, como si fuese un buey puesto en dos pies...— ¡Alto!—me gritó tapando el camino.—¿Quién eres y adónde vas?—Soy el hijo de mi padre—respondí—y voy adonde me da la gana.—Pues por aquí no pasa nadie que no se quitela montera y dé las buenas noches.—Pues ahora va á pasar uno sin quitarse la montera.—¿Quién va á ser?—Mi persona... Y revolviendo el garrote le doy con toda mi fuerza en el brazo y le hago soltar de lamano el suyo. En seguida le arrimé tres ó cuatro vardascazos en el cogote.—Toma, para que te acuerdes del hijo de la tía Jeroma.—¿Pero eres tú, Bartolo?... Perdona, hombre, no te conocía. Y viene y me da lamano diciéndome:—Yo contigo nunca tuve sentimiento alguno. Siempre te estimé aunque seas de Entralgo, porque los mozos plantados y valientes como tú se estiman... vamos... y parecen bien donde quiera que vayan.—Eso está bien hablado, Toribio—le contesté,—y si hubieras hablado siempre así yo no hubiera alzado el garrote.

Quino y Celso, que le habían estado mirando con estupor durante el relato, soltaron al cabo una estrepitosa carcajada. Bartolo volvió la cabeza.

—¿De qué os reís?

—¿De qué ha de ser? ¡De ti!—respondió su primo.

—¿Sabes lo que te digo, Bartolo?—manifestó Celso con mucha calma.—Que si Toribión te sopla así (*y le sopló en el cogote*) te apaga como la luz de un candil.

Habían llegado ya á las alturas que dominan el lugar de Villoria. Lacañada se ensanchaba un poco allí y en las amenas praderas que el riachuelo dejaba á entrambas orillas estaba asentado el pueblo, el más grande y poblado después de la capital. No quisieron bajar á él, porque de la fidelidad de sus campeones estaban seguros. Prosiguieron su camino por las cumbres hacia Fresnedo, que se hallaba mucho más alto. El sol descendía ya un poco del cenit cuando llegaron á él.

Estaba colgado más que plantado el caserío en las estribaciones de la gran Peña-Mea. Era también extendido, aunque no tanto como Villoria. Antes de penetrar en él nuestros embajadores conferenciaron brevemente, decidiendo ir derechos á casa de Jacinto, no tanto por ser uno de los mozos más recios y valientes que allí habitaban, como por el parentesco que le ligaba con Nolo de la Braña. Pero antes de trasponer las primeras casas tropezaron con el mismo Jacinto que venía guiando un carro de yerba.

Era un hombre por la estatura, un niño por la frescura y la inocencia esparcidas por su rostro; los ojos azules, el cabello rubio, el cutis terso y brillante como el de una zagala. Y con esta apariencia afeminada uno de los guerreros más bravos de la comarca.

Detuvo el carro que chirriaba de un modo ensordecedor, y delante de los bueyes, apoyado con entrambas manos en la vara larga que traía para aguijarlos, escuchó sonriente y benévolo la proposición de los de Entralgo.

—Por mí ya sabéis que no se queda nada. Subid á la Braña, y si mi primo Nolo está conforme, yo también lo estoy.

Se dieron la mano, el carro volvió á rechinar y los embajadores comenzaron á subir la empinada senda que conducía á la Braña. Se encontraban ya en plena montaña. Delante la gran Peña-Mea que parecía echarse encima; detrás verdes praderas en declive, torrentes espumosos, gargantas estrechas, sombra, frescura, gratos olores, un silencio augusto y solemne que sólo interrumpían de vez en cuando las esquilas del ganado ó el lejano chirrido de alguna carreta. La brisa, cargada de aromas, templaba el rigor de los rayos solares. Repartidos por los montes, en las mesetas y hondonadas, algunos caseríos rodeados de castaños y nogales.

Los tres viajeros se detenían á menudo á tomar aliento y se sentían gozosos. El olor penetrante del heno les embriagaba, les hacía sonreír. El mismo Celso, enamorado de la tierra del sol y las aceitunas, no podía sustraerse al hechizo de aquellas montañas frescas y virginales. Y la perspectiva de lograr su propósito contribuía más que nada á ponerles alegres.

Al cabo llegaron á la Braña. Sólo se componía de tres casas asentadas sobre una pequeña meseta al pie mismo de la Peña-Mea. Cuando el tío Pacho, padre de Nolo, se había ido á vivir allí con su mujer, hacía treinta años, no había más que una mísera cabaña de madera. Gracias al esfuerzo tenaz, incansable, rabioso de los dos cónyuges, aquello había prosperado lindamente. El tío Pacho se quebraba los riñones cercando y rompiendo terreno comunal para ponerlo en cultivo, plantando avellanos, construyendo almadreras; la tía Agustina, su mujer, cuidando el ganado, hilando, fabricando quesos y mantecas que llevaba los jueves á vender á la Pola. Y sin permitirse ni uno ni otro el más insignificante regalo, ni una copa de aguardiente, ni una onza de chocolate. Aquella vida de esfuerzos y privaciones tuvo al fin su recompensa. Los vecinos del llano, que disfrutaban fértiles vegas y praderas riquísimas de regadío, se dieron un día cuenta con asombro de que el tío Pacho de la Braña era el paisano más rico de Villoria. Poseía más de treinta cabezas de ganado mayor, casa, huerta, algunos campos extensos, muchos castaños y sobre todo un número tan considerable de emparrados de avellana que le hacía recoger algunos años cuarenta cargas de esta fruta. ¡Y en aquella época valía la carga veinte duros! Así que, al casarse su hijo mayor, el tío Pacho construyó una casa de piedra al lado de la suya para que se acomodase. Hizo otro tanto al casar á su hija. Y cuando á su tercer hijo, Nolo, le tocó en suerte el ir de soldado, el viejo aldeano montó á caballo y

alegre como si fuese á una romería depositó en las oficinas de Oviedo trescientos duros en doblones de oro para redimirle del servicio. La abundancia y la alegría reinaban en aquellas tres casas. Se trabajaban firme como en los primeros tiempos; pero al soltar la azada ó laguadaña, los hombres encontraban sobre el lar la comida sazónada y humeante, el jamón añejo, el queso fresco, la sidra espumosa. Después de la cena se reunían todos en casa del padre, y mientras los cuatro hombres, sentados en tajueltas frente al fuego, departían gravemente sobre la faena del día siguiente, la madre y la hija, hilando un poco más allá, no perdían de vista á los niños que correteaban por la vasta cocina. Al cabo se rezaba el rosario. Cada cual se iba después para su casa y tranquilos y felices dejaban caer sus miembros fatigados sobre los blandos colchones, tan blandos y esponjados como pudieran tenerlos el juez de la Pola ó el capitán de Entralgo.

Los enviados rodearon la huerta y desembocaron en una espaciosa corralada abierta delante de las tres casas. En medio de ella, en mangas de camisa y con la cabeza descubierta, estaba Nolo partiendo leña. Al sentir el ruido de los pasos enderezó el cuerpo, se apoyó con una mano sobre el hacha y los miró sorprendido. Era un mozo de veintidós años, de elevada estatura y gallarda presencia, la tez blanca, las facciones correctas, los cabellos negros y ensortijados, los ojos grandes y negros también y de un mirar franco no exento de fiereza. Por debajo de la abierta camisa se veía un pecho levantado de atleta. Los brazos, redondos y vigorosos, acusando tanta flexibilidad como fuerza. Su actitud noble y tranquila, su belleza imponente traían al recuerdo la imagen del dios Apolo cuando desterrado del Olimpo sirvió de pastor en casa de Admeto, rey de Tesalia.

—Bien venidos seáis, amigos. ¿Qué os trae por estos sitios tan altos?—dijo, y arrojando el hacha al copudo castaño debajo del cual trabajaba vino hacia ellos y les apretó la mano.

—¿El gusto de verte no vale la pena de subir tan alto?—respondió Celso.

—No en verdad, sobre todo con tanto calor—replicó Nolo.—Pero de todos modos, bien venidos seáis, os digo, porque aunque un poco enfadado con los de Entralgo, á vosotros os estimo como á mis vecinos.

—Gracias, Nolo; sobre eso mismo te venimos á hablar—manifestó Celso.

—Bien está; ¿pero no será mejor que antes bebamos unos vasos de sidra y os refresquéis un poco?

Los enviados cedieron con gratitud. Nolo entró en la cocina de su casa y salió con algunas tajueltas. Sobre ellas se acomodaron los viajeros á la sombra del árbol. No tardó en llegar la tía Agustina con un jarro de sidra.

—Madre, tráiganos usted también pan y queso y algunos chorizos, porque éstos son amigos á quienes yo estimo por encima de todos los del llano.

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

